



Montse Grases ya es venerable

■ La joven del Opus Dei fallecida en 1963, tiene las puertas abiertas a la beatificación

El pasado 27 de abril se hizo pública el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Montse Grases (1941-1959), una joven del Opus Dei. Se trata del primer proceso de canonización de un laico del Opus Dei que es declarado venerable. En Mundo Cristiano, Montse Grases fue portada en octubre de 1963. En aquél número publicamos un extenso reportaje sobre ella, en el que se incluía un valioso texto de Benito Badrinas, quien fuera el postulador inicial del proceso de beatificación de Montse. Por su interés y valor histórico, reproducimos el artículo con alguna adaptación terminológica.

Hn 1959 falleció, en Barcelona, Montse, como se la llamaba familiarmente, en la misma casa de la calle París en donde había nacido diecisiete años antes. Todos cuantos la trataron, especialmente en los últimos meses de su vida, estaban íntima y profundamente persuadidos de que asistían, en aquel Jueves Santo de 1959, a la muerte de una santa. Sin embargo, Monserrat Grases nunca dio

la impresión de hacer nada extraordinario; como si quisiera decirnos que la santidad no es algo que se sale de la vida corriente, sino que es la sencilla y heroica, serena y alegre aceptación de la Voluntad de Dios en todo. Montse era una chica agraciada físicamente, infantilmente sencilla, de carácter extraordinariamente alegre, con una sonrisa casi continua, dinámica, muy abierta y sincera. Era sociable, vestía con sencillez, modestia y buen gusto, era muy deportista y le gustaba mucho bailar sardanas.

No quiere esto decir que no tuviera defectos: cuentan que “desde pequeña manifestó un genio vivo que le hacía enfadarse por nada; pero que desde los trece años, poco a poco –con lucha– consiguió superarlo, caracterizándose después siempre por un temperamento tranquilo y sereno, con mucha presencia de ánimo”.

Siguió siendo la misma

Tenía Montse 13 años cuando su madre la llevó, por primera vez, a

* Benito Badrinas (1927-2013) fue ordenado sacerdote en 1952 y su labor sacerdotal se desarrolló en las ciudades de Sevilla, Barcelona y Madrid. Fue el Vicepostulador de la Causa de Canonización de san Josemaría. También ejerció como postulador de otras causas de fieles del Opus Dei como Montse Grases.

Llar, una Escuela Hogar de mujeres del Opus Dei en Barcelona. Desde el primer momento quedó tan cautivada por el espíritu que se respiraba en aquella casa, que más tarde dijo su madre, refiriéndose a la vocación de Montse: "Fue a los dieciséis años cuando Montse solicitó la admisión en la Obra; pero desde los trece, desde la misma tarde en el piso Llar, pertenecía con el deseo al Opus Dei".

En efecto, Montserrat Grases, dos años más tarde –a los 15 años– hizo por primera vez ejercicios espirituales, y al año siguiente, después de otra tanda de ejercicios espirituales, el 24 de diciembre de 1957, pedía ser admitida en el Opus Dei. Su vida no cambió aparentemente nada al ingresar en el Opus Dei: siguió siendo aquella chiquilla rubia de sonrisa serena y continuaron siendo también las mismas sus ocupaciones, su trabajo, su estudio, alternándolas con el deporte. Pero la gracia de Dios, de manera sorprendente, tal como manifiestan quienes tuvieron la suerte de tratarla, obró en su alma con prisa –quizá porque sabía lo breve que iba a ser su vida– y Montserrat conoció muy pronto lo que era tener una profunda vida interior en medio de las ocupaciones diarias.

La clave de su vida

Se caracterizó su vida interior por un hondo sentido de la filiación divina. Tenía siempre presentes aquellas palabras que San Josemaría había escrito en *Camino*: "Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres! Y los hijos de los reyes, delante de su padre rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza! Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre Dios?".

En el mes de mayo de 1958 se le diagnosticó un cáncer de hueso, mortal a corto plazo. Al día siguiente de recibir la noticia, contaba Montse con maravillosa serenidad: "Anoche, mamá pensó que quizá yo le diría algo, pero no tenía nada que decirle. Solo pensé que debía ser fuerte, besé el crucifijo y dije: Serviam!, te serviré, Señor, te seré fiel".

"¡Comedianta que es una!"

Aquel verano, como los anteriores, fue con su familia a Seva, un pueblecillo de la provincia de

Barcelona, cercano a Vich, y sorprendió a todos los que conocían su grave enfermedad por la naturalidad y alegría con que se comportaba. "Cuando me enteré de la enfermedad de Montse –cuenta una amiga suya– me quedé consternada y me era muy difícil estar natural con ella; no sabía cómo tratarla. Montse, sin embargo, se encargó de disipar todos mis temores, porque se comportaba con entera naturalidad, como si no le ocurriese nada, y era como había sido siempre: alegre, animosa, amable... Solo se le notaba una ligera cojera, y cuando se le preguntaba por ella, siempre contestaba: '¡Comedianta que es una!'".

Su madre temió, incluso, que se le hubiese olvidado que se iba a morir en corto plazo. Y un día le preguntó: "Montsita: ¿es que crees que te vas a curar?" Y ella respondió: No".

Poco a poco, la enfermedad fue siguiendo su curso; los dolores aumentaban hasta que, aunque no se notaba externamente, se hicieron casi insoportables. Pasaba las noches sin dormir, y las curas la



Portada de Mundo Cristiano de octubre de 1963. A la derecha Montse poco antes de fallecer.





Alegre, animosa, amable, así la describen sus amigas.

hacían sufrir mucho; pero Montse, en lugar de quejarse, solía tararear una canción.

Cuando iban a verla sus amigas, en los últimos tiempos de su enfermedad, hablaba muchas veces de las cosas que harían cuando se pusiese buena: “Un día –cuenta una amiga suya– cuando ya no se levantaba de la cama, se enteró de que yo había ido con otra niña de Seva a esquiar, y por más que nosotros intentábamos desviar la conversación hacia otros temas, ella se pasó todo el rato hablando de esquí y haciendo planes para ir todas juntas cuando estuviese buena. Normalmente, cuando la íbamos a ver, a lo largo de la conversación, solía hablar con toda naturalidad de cosas completamente indi-

ferentes, o bromeábamos; sin embargo, fue entonces cuando la empecé a admirar, y recuerdo que siempre salía de su casa emocionadísima”.

"Cuando Tú quieras"

“¿A qué llamas cosas pequeñas?” le preguntaron un día. “A esa que me pasa a mí”, y repasaba sus llagas, la fatiga, los días comiendo sin apetito, la inmovilidad... Daba la sensación que había tomado por norma para su vida aquellas palabras de “Camino”: “Hacedlo todo por Amor. Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo”. A pesar de estar tan debilitada, todos los días recibía visitas de sus amigas y compañeras, con las que se mostraba amable y sonriente, interesándose por todo, y no desperdiciando nunca la ocasión de hacer apostolado: “Salía una siempre reconfortada, sin saber por qué, de aquella habitación”, decía una amiga suya.

Este vencimiento continuo la dejaba agotada. “¿Veis qué débil soy...? No sé por qué decís que soy fuerte...”, solía decir. Pero entonces le anunciaban una nueva visita, y Montse, que ya no podía más, dándose cuenta de que no estaba allí para cumplir su voluntad, decía suavemente: “Bueno, que pase”.

En alguna ocasión, como si se le acabasen las fuerzas, se la oía exclamar: “¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?”; pero inmediatamente rectificaba: “Señor, cuando Tú quieras, como Tú quieras, donde Tú quieras...” Montse hablaba de su próxima muerte, en los últimos días, no ya con serenidad sino con inmensa alegría, como si fuese al encuentro de unas bodas. Era una chiquilla de una extraordinaria vitalidad, y cuando abría la ventana de su cuarto, por la que entraba a raudales la primavera, manifestaba que sentía algún momento de tristeza por dejar todo

aquello; pero muy pronto se reponía y le resultaba fácil morir. Y es que había ofrecido una vez su vida a Dios cuando ingresó en el Opus Dei, y ahora, noblemente, quería darla hasta el fin.

Sin espectáculo

Un día preguntó: “¿Qué ha dicho el médico? ¿Qué pasa? ¿Es que no me voy?” Le contestaron: “Ha dicho que puedes irte en cualquier momento”. Sonrió con gran alegría, dio un abrazo a quien le hablaba y añadió: “¿Te imaginas? Pronto al cielo, pronto al cielo. ¿Me dejáis?” Fue el día de Jueves Santo –hace ahora poco más de cuatro años–, después de rezar el Angelus. Fueron sus últimas palabras –quizá solo un susurro que venía más del corazón que de los labios–, para aquella a la que tanto había querido y a la que tantas cosas había dicho en su vida y durante su enfermedad. Fue el Jueves Santo de 1959, a la una y veinte de la tarde, cuando Montse dejó de vivir.

Su muerte, como su vida, pasó sin espectáculo, sin ruido. Fue el coronamiento de una vida generosa que se hizo heroica en un final largo, de mucho sufrimiento. Ahora acaba de iniciarse el proceso de beatificación [el texto está escrito en 1963]. Montse quiso pasar inadvertida, y la ha puesto ahora el Señor como luz que brilla sobre un candelero, para que sea guía de muchas almas.

Un día le pregunté a una amiga de Montse: “¿Cuál es la virtud que recuerdas como más característica en la vida de Montse?”. A lo que me respondió: “Si quisiéramos destacar alguna, habría que hablar de su inmensa alegría, de su limpieza de corazón, de su gran pureza. Con todo el mundo era amable y en su casa ayudaba mucho. Sus virtudes constituían un conjunto armónico y natural, una manera de ser sencilla y natural”. ■